

**SOBRE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA. ARTICULO DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, PUBLICADO EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL DIA 15 DE ABRIL DE 1886.**

**Septiembre 2019  
Ramón Freire Gálvez.**

1

En capítulos anteriores, rescatados del mismo semanario (*La Ilustración Española y Americana*), el ecijano Mas y Prat dejó, a través de sus artículos, magníficos relatos sobre la Semana Santa de Sevilla, reflejando en ellos, desde todos los puntos de vista, la idiosincrasia de la capital sevillana con la celebración de dicha fiesta religiosa anual. Año tras año, el periodista y escritor ecijano, desde distintos prismas, fue desmenuzando el significado de dicha semana y en esta ocasión el artículo que he recuperado, aunque lleve por título **SEMANA SANTA EN SEVILLA**, escribe en definitiva, y así los concreta en el subtítulo, sobre "**Los Hoteles. Acá y Allá. Túnicas y capirotos. Saetas. El Miserere y a Gloria**", teniendo el siguiente contenido:

**LOS HOTELES.**

Están llenos. Se dan casos de colocar biombos en los descansos de las escaleras, y lechos móviles en las mesas entrelargas de los salones de lectura, ¡Que más! un peruano que no pudo hallar plaza el año pasado y se empeñó en pernoctar en uno de los más concurridos, colgó su hamaca de hilos de colores entre las arcadas del patio, y paso la noche meciéndose bajo la montera de cristal como los papagayos y las oropéndolas.

En los días de Semana Santa y feria los hoteles de Sevilla son vivo trasunto de lo que es la población flotante que nos asalta de todas partes. Las mesas del Imperial, del de Madrid o del de París tienen en esos días ese aspecto original y nuevo que las equipara con las de los grandes hoteles de París y Londres. Hay sin embargo en ellas tipos que no pueden estudiarse en la pérvida Albión ni en la capital de la vecina República, que no salen de estos parajes ni salvan jamás la frontera; tipos para los cuales prepara el turista, con verdadera fruición, sus lápices y sus anteojos.



La serrana rica, que suele lucir moño respingado atravesado por agujas de oro, zarcillos de a cuarta guarnecidos de brillantes, corpiño de terciopelo y medias azules; la labradora andaluza, que aún no ha renunciado a su mantón de Manila con chinos, flores y pajarracos; el torero, que se da vida de príncipe

en estos días de severidad cristiana, y no abandona su sombrero calañés, su faja de seda y su chaquetilla madrileña o jerezana; el cacique de lugar, inflado por el favor del ministro, y que no viene a Sevilla sin estrenar terno, sombrero y capa nueva; el cantante de ópera, que se prepara a pasar en el teatro de San Fernando la célebre y ruidosa temporada de Abril; todos estos y muchos más, cuya enumeración harían pesadas estas letras, alternan en la mesa redonda con el patilludo inglés y el estirado yankee, con el ruso helado y con el portugués finchado y coloradote como nuestros pimientos riojanos.

La carita de nardo y rosa de una lady hace *pendant* con la tez morena y agraciada de una paisana de *las ermitas de Córdoba* y el perfil ligeramente indicado de un chino, con las acentuadas líneas del de un marroquí, que tiene nariz griega y peina ensortijada barba. Aquí se ostenta la blanca pechera de un diplomático en agraz, y allí el gabán roñoso y averiado de un rebuscador de antiguallas.

La animación reina a los postres. Todos hablan en su lengua y muchos destrozan la ajena; se citan las preciosidades de la capital, y no se olvida la casa de Pilatos, levantada según el modelo de la que ocupaba en Palestina el célebre Poncio; el lagarto de la catedral, *vera efigies* de aquel monstruo que ato con su liga Santa Marta; la cabeza del rey D. Pedro, que esta —como quien dice— sacada en las narices del propio monarca, al cual coloco Claquín bajo el puñal fratricida de Trastámara; la célebre espada que fue de Fernán-González, y la estatua del Comendador, que *viviendo* en la calle del *Hombre de Piedra*, llegó bonitamente en tres zancadas al cementerio de Don Juan Tenorio, situado en el palacio de San Telmo.

Es verdad que nada de esto se lee ni se consigna en parte alguna; pero



ello es que anda en lenguas y en romances, y es preciso darle asenso; peor sería preguntar por el sepulcro de la Estrella de Sevilla en el antiguo solar de Bustos Tavera. Lo abigarrado de esta reunión de comensales da lugar a diálogos verdaderamente curiosos.

¡Veamos, señores!, dice un elegante que charla por los codos. ¿Cómo, si la Giralda la hicieron los moros, tiene campanario?

A lo que replica uno que está cerca: ¡No extrañe V. eso! a la Giralda le ocurrió lo que a V.; no fue cristiana hasta que le colocaron el capillo.

Dígame V., caballero, ¿dónde está el polo?, dice una jovencita insipiente queriendo entender la conversación que

entre sí tienen dos turistas de los que viajan por entregas.

Señorita, contesta un joven que tiene el codo cerca del suyo; ¿habla V. del polo opuesto? Pues *vis a vis* le tiene V. Su mama me está helando en este momento con sus miradas.

Un torero ve comer a un portugués espárragos con los dedos, y exclama: Dígame usted, zeño: ¿eso se come con los *dátiles?* (los dedos).

El portugués, que es turista y conoce todos los idiomas del mundo, *aínda mais* el español, le contesta:

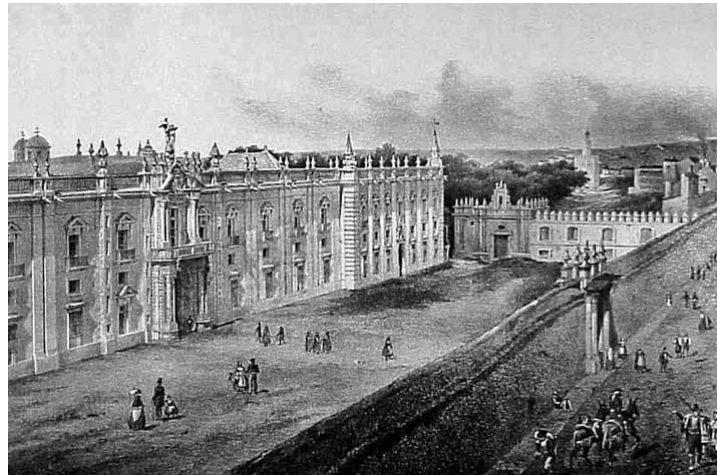
Non, casteçao; los dátiles (fruta) se comen después desto.

¡Se chupan, dirá su mercé!, añade el émulo de Pepe Hillo limpiándose la boca con el envés de la mano y suprimiendo los espárragos por artículo de lujo.

### ACA Y ALLA.

El extranjero lo primero que trata de visitar en Sevilla es la Fábrica de Tabacos. A ella se dirige armado de todas armas, es decir, provisto de lentes, lápices y libro de memoria. Introducido en aquellas cuadras abovedadas y sombrías rellenas de carne de mujer, hay que estudiar sus gestos y oír sus exclamaciones. Ya se detiene ganoso de contemplar a una flamenca curtida por el sol *de la tierra* y cuyo *churumbelillo* duerme medio desnudo cerca de la mesa del trabajo; ya mira con cándida curiosidad como una trianera, que tiene en el pelo todo *un jardín de rosas*, pone las capas a los *coraceros* nacionales en un santiamén y los modela con

un solo golpe de la palma de la mano; ya contempla, con ansiedad suma, a algunas de esas hijas de San Bernardo o de la Macarena, que conservan aún el tipo de las Zulemas y Zoraidas de nuestros romances, y cuyas bocas frescas se dilatan a su paso, dejándole ver filas de dientes que parecen perlas y arranques de cuello que



no vio jamás en los cuadros de Rubens; ya quiere, en fin, comprender como manos tan pequeñas como ramos de clavellinas pueden moverse tan ruda y violentamente que lán a la perfección cien cigarrillos en cinco minutos.

El gran edificio que trazara Wandembourg y que concluyera Vicente Catalán en 1757 no le impresiona lo más mínimo; lo que hay en él de verdaderamente original lo constituyen sus habitantes temporarios. Los *amateurs* que están en el secreto esperan la salida de las cigarreras en la calle de San Fernando, cuando el sol se oculta por la parte del río y cuchichean los pajarillos en los árboles de los jardines próximos. Allí pueden observar el aire típico de *sus andares* y el efecto producido por los piropos que los *mozos cruos* les echan al paso.

Después de satisfacer esta curiosidad, suelen algunos pasar la noche en los cafés cantantes. En Silverio, por ejemplo, el tipo flamenco adquiere toda su libertad de manifestación, y se presenta sin velos, hipocresías ni cortapisas de ningún género. La vista de los monumentos de la ciudad se deja para más tarde, porque el principal incentivo que aquí tiene el extranjero son las joyas flamencas de carne y hueso, y los fondos y paisajes en los que deben destacarse estas preciosidades hispanas.

Sin embargo de esto, en San Bernardo, Triana y la Macarena solo penetran los verdaderos aficionados, prefiriendo la mayor parte hacer el estudio en el centro de la ciudad, donde la policía suele estar cerca *y es más fácil* librarse de las iras de cualquiera de esas *terribles y hermosas fieras béticas, que llevan la navaja en la liga*, según la tradición *constante*. Cuentase un lance curioso de cierto ingles empeñado en rizarse el *pelo* en la peluquería de Fígaro. Para complacer al turista, el guía en cuestión le condujo a una barbería del Boquete, en la cual, careciendo de tenacillas para efectuar la operación, y no queriendo perder tan opulento parroquiano, sentaronle en un sillón *que andaba solo*, y pusieron al fuego unas colosales *cachas*, haciéndole con ellas tales chamuscamientos en la rubia y abundante cabellera, que dejaron muy atrás los que llevara a cabo en otra ocasión el donoso pícaro Guzmán de Alfarache.

El pobre ingles puso el grito en el cielo *oliendo* la pérdida de sus guedejas, que chirriaban con el fuego más de lo justo; y sacando prontamente del chaleco algunas monedas, exclamo todo trémulo y atribulado:

¡Basta, basta, Sr. Fígaro que ya sé que es maestro en la oficia!

Pero ¿qué es eso?, pregunto el emulo del *Barbero de Sevilla*, sintiendo que el chamuscado *amateur* se le iba de entre las manos.

¿No quiere su mercé que le haga la barba?

## TUNICAS Y CAPIROTES.

¡Ya están ahí! Vedlos, son los nazarenos. Los hay negros, blancos, de colores. Sus túnicas están cortadas con verdadero *chic*; asoman bajo suaves pliegues pies calzados con elegantes zapatos de charol que adornan hebillas de plata; el cinturón de terciopelo y oro, y el escapulario bordado de seda, contribuyen a darles cierto aspecto santo y severo; su antifaz o su capirote préstales el misterio de aquellos primitivos servidores del Santo Tribunal que calcino a tanto impío y a tanto relapso.



No falta a la esbelta figura un solo detalle; el guante, el cuello de encaje fino, el pañuelo limpio y bien plegado, la varilla de madera preciosa, el cestillo de metal sobredorado o la bocina adornada de caireles de oro, completan su acostumbrado equipaje. Sus novias aseguran que están *encantadores*.

Lo primero que os preguntáis al ver a cualquiera de estos penitentes tan airoso, tan ligero, tan propicio a dejar la vela para tomar un par de cañas, tan afable con las hermosas que encuentra al paso, es si el tal nazareno cumple un voto de expiación presentándose en calles y plazas, o satisface una necesidad tradicional de familia que procura conllevar cómodamente. En efecto, el nazareno moderno no arrastra pesada cadena ni grillete insoportable; no viste áspero saco de arpillera, ni ciñe al cuerpo molesto cinturón de cuerdas ñudosas; pasa perfectamente sin la cruz de encina que sustentaron sus antepasados y que rara vez se contempla ya sobre sus hombros, y cuando va en la cofradía, procura lucir su cuerpo gentil sin revelar la fatiga que suelen producirle las largas estaciones.

Más no penséis mal de él ni le calumniéis creyendo que sus maneras responden a ideas pecaminosas ni a preconcebidas venalidades. El siglo avanza, la comodidad no está reñida con la fe, ni la ortodoxia con las pecheras de limpia Holanda; se va al ciclo por muchos caminos, y no es absolutamente indispensable tomar la estrecha vereda seguida por San Benito y por San Bruno.

El cree y espera, pero no sufre; tiene conciencia de su cristiana misión, pero no por esto rompe con los preceptos de la moda; servidor de patronos esplendidos y lujosos, haría mal papel cubierto de harapos. No habrá quien pretenda que la desnudez y la pobreza formen en fila en los cortejos de los reyes, ni quien halle discrepancia entre nuestras imágenes cubiertas de pedrería y los lujosos hábitos de las hermandades sevillanas. Es preciso no extremar las cosas; no se honra al Señor únicamente en la Tebaida, ni se cumplen los deberes cristianos usando solo de la disciplina que flagela y del ayuno que enflaquece.



Así lo cree, al menos, el devoto sevillano, y poniendo de acuerdo las exigencias de la hermandad a que pertenece con las de su propio individuo, logra casi siempre resolver la antinomia en un tercer término armónico. No ofende a Dios si encuentra a su novia en la carrera y la saluda afectuosamente; tampoco falta a los preceptos de la Iglesia si, hallándose sin fuerzas para continuar los lentos pasos de la estación, toma el primer refrigerio que encuentra a mano; en cuanto al corte elegante de su túnica y a la coquetería

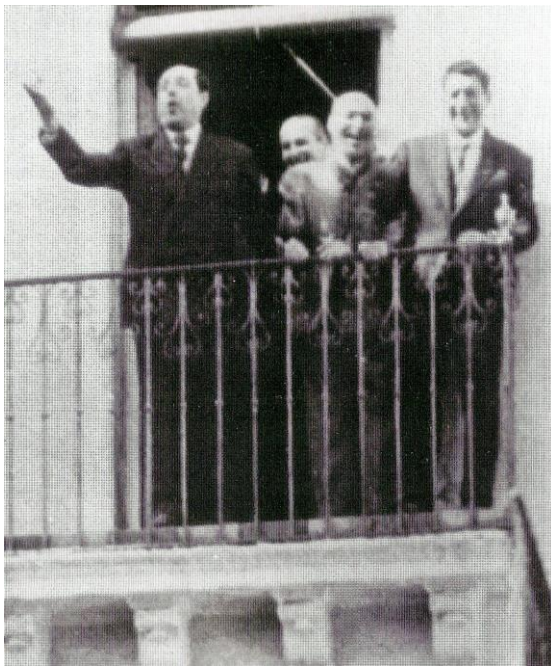
mundana de su calzado, el sastre, el zapatero y la indumentaria admitida por la hermandad son los únicos responsables.

Los nazarenos, ¡por qué no hemos de decirlo!, son penitentes, y por lo mismo pecadores. Es posible que alguno de ellos halle en la carrera al rival a quien soplo la novia, al marido cuya mujer engaña, o al terrible *inglés* a quien debe la ropa interior que lleva puesta; pero todo ello está previsto con gran prudencia por los diputados de gobierno de las distintas hermandades. La inmunidad de que goza el nazareno durante los días de Semana Santa le exime de ciertos rubores y de ciertas responsabilidades. ¡Queridos hermanos, dicen los expresados diputados de cofradía a la salida de la iglesia, se prohíbe terminantemente levantarse el rostrillo del capirote durante la carrera!...

6

### SAETAS.

¿Dónde va San Juan Bautista  
Con el dedo señalando?  
Va en busca de su Maestro,  
Que lo están crucificando.



He aquí una saeta. Las saetas son la explosión del sentimiento popular, provocado por la vista de esos Cristos espirantes que muestran sus desnudos miembros bajo doseles de terciopelo; de esas Dolorosas cuyos pechos están atravesados por espadas de plata; de *esos pasos y misterios* en que se representan con artísticos detalles escenas enteras de la Pasión y Muerte.

En ellas puede hacerse una observación curiosa y que da amplia idea de la tiranía que ejerce la representación material sobre los sentidos de la multitud. El pueblo se olvida casi siempre de los lineamientos y caracteres del verdadero drama del

Calvario, y atiende solo a las representaciones plásticas más o menos exactas que a él llegan. Prueba de esto las siguientes coplas o saetas, que serían barbaros anacronismos en relación con el verdadero asunto que las motiva:

¿Dónde va el Niño Perdido  
Con la túnica morada  
Y la corona de espinas  
Y los cordones de plata?

Es tan estrecha la cama  
Que tiene el Hijo del Hombre,  
Que para morir en ella  
Un pie sobre el otro pone.

Ya lo llevan, ya lo llevan  
Por la calle e la Amargura,  
*¡Atado de pies y manos  
Amarrado a la columna!*

Jueves Santo murió Cristo,  
Viernes Santo fue su entierro  
Sábado resucito  
Y domingo subió al cielo.

Las saetas sustituyeron en los pueblos a los diálogos e interrogaciones hechas por los sacerdotes a las imágenes en las plazas públicas durante el paso de *las cofradías a lo vivo*; es decir, de esas cofradías en que los pasos eran movidos de modo teatral, como si las Vírgenes y Cristos fuesen verdaderos personajes que pudieran entrar y salir en escenarios al aire libre. De esto ya nos hemos ocupado en otra ocasión, pero olvidamos referir un *sucedido* que se atribuye a las célebres cofradías de Marchena, y el cual no deja de tener gracia.

Hallándose el cura a quien correspondía interrogar a los doce apóstoles que habían de pasar por el porche del templo, dirigiendo la palabra a San Pedro, que, con su espada desnuda y su gallo de pasta, se adelantaba resplandeciente de luz en hombros de cuatro jayanes, viose abrirse paso entre la gente al criado del expresado párroco, llamado también Pedro como el apóstol, y que, a juzgar por los empujones y codazos que repartía a diestro y siniestro, tenía más prisa que el mismo discípulo del Señor por alcanzar el lado opuesto de la acera.

¿Dónde vas, Pedro?, decía el cura a la sazón, dirigiendo a la imagen del santo apóstol las palabras de costumbre.

A lo que contesto el mozo del cura, creyendo que se referían a él las palabras de su amo:

Pus ¿dónde ha de ir Pedro, sino a llevar a su paternidad el chocolate?

### **¡MISERERE!**

¿Habéis visto la Catedral de Sevilla? ¿Habéis orado bajo sus altas arcadas, en cuyos elegantes nervios se quiebra la luz irisada a través de las imaginerías pintadas por Bruges y Arnao de Flandes?



Porque si no la habéis visto, no podéis tener idea de su severidad y grandeza. Si alguna vez la visitáis, procurad que sea en esas noches de la Santa Semana, en que el gran *Monumento* se ostenta deslumbrador, con sus patriarcas gigantescos y sus innumerables lámparas de plata; con su costosa cancelería y sus ánforas repujadas llenas de flores; con sus columnas de diversos órdenes y sus crucificados que parecen tocar la bóveda con los brazos.

Si la visitáis, os repito, procurad que sea en esas horas en que resuenan bajo sus naves las solemnes notas del *Miserere* de Eslava, interpretadas casi siempre por las notabilidades del mundo musical, y en las que se han empleado más de una vez las privilegiadas gargantas de los Tamberlick y los Gayarre.



Yo puedo aseguraros que contemplando la gran Basílica andaluza se empequeñecen otros valiosos recuerdos arquitectónicos. A la severidad más conmovedora se une el atrevimiento más digno de encomio; su gran elevación, su airosa traza, la acertada sobriedad de adornos que la caracterizan, forman el conjunto más grave y delicado que puede darse. Bajo las naves de la Catedral de Sevilla el creyente se

abisma y el profano enmudece; flota en ella el aliento divino.

Cean Bermúdez, describiendo el paso de las cofradías de la madrugada por el santo templo, dice lo siguiente: "A las cuatro de la madrugada del viernes dan principio a entrar las cofradías; si admirable es la vista del templo en el día anterior, no lo es menos, por otro estilo, en la madrugada de este; el silencio de la noche, interrumpido solo por el triste eco de las bocinas que llevan las procesiones; el traje penitente de los cofrades, su compostura y las dolorosas imágenes que conducen, vistas al reflejo de la luces del monumento y las que llevan en las andas, infunden un pavoroso respeto y mueven los corazones de las personas menos religiosas a contemplar los altos misterios de la religión que se recuerda en estas noches."

Si alguna vez el mal espíritu mundano se atreve a penetrar en la gran Basílica, aprovechando la ocasión en que la multitud la toma, por asalto, es, sin duda, en las noches en que se canta el *Miserere*.



Yo creo haberle visto bajo la forma de un apuesto joven que contemplaba con codiciosos ojos el palmito de una sevillana, acomodada en su catrecillo y velada por el tul de la airosa



mantilla; creo haberle visto también bajo los jaspes del trascoro, disfrazado de viejo verde y tendiendo afectuosamente la mano, a manera de garfio, a toda hermosa que deseaba colocarse cerca del lugar en que resuenan los deliciosos acordes de la orquesta; supongo, en fin, que se hallaba, en virtud del don de ubicuidad de que suelen estar dotados los espíritus, en los corros de revoltosos que recorren el templo, y tras las verjas de las capillas que sirven de reclinatorio a redondas espaldas y hombros esculturales.

El demonio mundano se retuerce, sin duda, como Mefistófeles, cuando las voces de los cantores se elevan al cielo a la manera de aristas de oro impulsadas por el viento del santuario; pero se repone poco a poco, deleitándose en la contemplación de alguna de sus víctimas que reza devotamente. Puede ser una de mis ilusiones ópticas; mas juraría que he sorprendido más de una Margarita próxima a dar en el abismo, bajo aquellas mismas naves por las cuales se desliza la oración del justo, y donde las grandezas y apetitos de la tierra se achican y se desvanecen.

¿La has visto?, pregunta el consabido diablo a un Fausto que espera el paso de su amada, apoyado en una de las columnas que rodean las gradas exteriores.

A lo que replica el neófito:

*¡Si la he visto, la he visto... y me ha mirado!*

¡Y crees en Dios!, dice el tentador, acabando la frase y sonriendo como Uetam después de cantar la serenata diabólica.

El *Miserere* de Eslava es una obra puramente clásica, de difícil interpretación y de severo corte religioso. Los sevillanos la saben de memoria y acuden presurosos todos los años a saborearla de nuevo; sin embargo, la obra de Eslava, dado caso de que pudiese salir del archivo de la Catedral, no haría fortuna, porque necesita de sus peculiares aditamentos para subyugar los ánimos.

Los inteligentes no opinan que se la mejor obra del género sacro, ni rompen lanzas por esta composición, que goza sin disputa de gran nombradía; pero están conformes en asignarle un mérito indiscutible y una condición digna de mencionarse.

Es la única obra musical que Stagno, Gayarre y Masini cantan en Andalucía casi de balde.

## **A GLORIA.**

Voltean las campanas de la Giralda, se oye el chirrido de los cerrojos de los establecimientos, el rumor del martillo sobre el yunque y el silbido de la máquina de vapor; itocan a Gloria!

En Sevilla el toque a Gloria no es un mero simbolismo; a gloria saben a los hijos del Betis los días que siguen a las graves solemnidades de Semana Santa. Aparte de que el descanso anterior hace al obrero grato el trabajo, vense en lontananza las graciosas perspectivas de la feria. La sevillana deja el

catrecillo, el rosario y el semanero santo, y prepara sus habituales galas, la mantilla blanca, el traje de alamares y el sombrerillo flamenco. Las lenguas de bronce del campanario mauritano parecen entonar un himno a la primavera y al renacimiento anual. Las rosas se han levantado ya sobre sus tallos; los árboles se han ataviado con su follaje color de esperanza; todo sonríe, todo canta, todo palpita; itoquen, toquen a Gloria!



La Pascua de Resurrección se anuncia también por el balido del cordero, presago de las alegres veladas campestres y de las fiestas al aire libre. En las noches que siguen puede pelarse la pava, a la luz de la luna, sin embozarse hasta los ojos, sin que moleste la lluvia ni el frío. La reja estará perfumada por el aroma de las flores que abren en los maceteros del patio, y los amantes podrán templar la atmosfera con sus mismos alientos; itoquen, toquen a Gloria!

Tras las tristezas del Viernes Santo han de venir las alegrías de Pascua por eso nos es tan grato despertar al son de las campanas que tocan a Gloria. Del mismo modo que nos agrada ver salir el sol tras días lluviosos y que nos placen las perspectivas primaverales tras las desnudeces y obscuridades del invierno, sentimos una grata sensación cuando terminan las abstinencias del tiempo santo. Sabia legislación sería aquella que pudiera llevar al hombre, por una serie de privaciones y libertades combinadas, siempre a la satisfacción y nunca a la hartura de sus legítimos deseos. En este punto hay que convenir en que desde Moisés hasta nuestros días solo se han hecho ensayos fructuosos por los moralistas cristianos.

La musa popular, que tiene intuición pasmosa, penetra el hondo arcano de esos contrastes de duelos y placeres, de lutos y galas, de santos recuerdos y de lontananzas mundanas, y dice, pensando en las alegrías de la Pascua de Resurrección y en los sonoros repiques del Sábado Santo:

¡Cuándo toquen a Gloria  
Las campanitas,  
Prometo despertarte  
Si estás dormida!

BENITO MAS Y PRAT

Sevilla 1886".

Hasta aquí este maravilloso artículo, que en Abril de 1886, sobre algunas particularidades de la Semana Santa de Sevilla, dejó, para la posteridad, el ecijano Benito Mas y Prat, sobre el que, tras su reposada lectura, espero que lo disfrute y como siempre, lo comparta para que otros puedan acceder a la altura literaria de nuestro ilustre paisano.